

Enrico Letta

Hacer Europa y no la guerra

Una apuesta europeísta frente a Trump y el *brexit*



Enrico Letta Hacer Europa y no la guerra

Una apuesta europeísta frente
a Trump y el *brexít*

Con la colaboración de Sébastien Maillard

Traducción de Rosa Alapont

ediciones península

Título original: *Faire l'Europe dans un monde de brutes*

© Enrico Letta, 2017
© Sébastien Maillard, 2017

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre de 2017

© de la traducción del texto en francés: Rosa Alapont Calderaro, 2017
© de la traducción del prólogo en italiano: Miguel Ros González, 2017

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2017
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensula@planeta.es
www.edicionespensula.com

VÍCTOR IGUAL - fotocomposición
LIMPERGRAF - impresión
Depósito legal: B-16.786-2017
ISBN: 978-84-9942-630-3

ÍNDICE

Prólogo de Sébastien Maillard	9
Introducción	13
1. Contra viento y marea	27
2. Munster para el aduanero	41
3. Europa sabe que se ha vuelto mortal	53
4. Los muros nacionalistas no protegen de nada	65
5. Cómo enamorarse de nuevo	79
6. El mito engañoso del hombre fuerte	97
7. ¿Por qué dejar a Alemania el monopolio de la virtud?	105
8. El euro vale mucho más que una moneda	117
9. Ante Trump, hagámonos adultos	129
10. Cinco pistas para salir de la crisis migratoria	147
11. Desbruselizar	161
12. Prefiero la democracia a los referéndums	173
13. Proponer lo mejor y no solo una alternativa a lo peor	183

Europa está enferma. De gravedad. Paro masivo en los países del sur del continente, crisis de migrantes, auge de los nacionalismos, brexit, guerras y terrorismo..., no sabemos por dónde empezar. Defender a una Europa unida parece una misión imposible cuando el proyecto amenaza con derrumbarse por todas partes.

Ese es el único objeto de este libro. De entrada, se dirige al nuevo presidente francés y al canciller que los alemanes elegirán en septiembre de 2017; ambos tendrán una inmensa responsabilidad a la hora de enderezar el rumbo.

En la actualidad estamos viviendo cuatro crisis distintas, sobrevenidas de forma inesperada, aunque podrían haberse previsto: la crisis económica, la crisis de los migrantes, la crisis del terrorismo y la crisis del *brexit*. Si bien son de diversa índole, comparten el rasgo común de pillar desprevenida a Europa, que carece de instrumentos, de caja de herramientas, tanto por parte de las instituciones

europas como de los Estados miembros de la Unión. Cuando estalla una gran tormenta, Europa carece de refugios.

La crisis económica y financiera nos pilló desprevenidos, hasta el punto de tener que pedir ayuda al Fondo Monetario Internacional. ¡Menuda confesión de fracaso por parte de Europa! Se mostró incapaz tanto de tomar las riendas de la situación como de demostrar que estaba más avanzada que los demás procesos de integración regional que tienen lugar en otras partes del mundo. Los tecnócratas me replican que no se podía hacer otra cosa, a falta de la peritación de que se dispone en otros lugares. Y es cierto que pilló por sorpresa a Europa, mientras que Estados Unidos salió de la crisis financiera en nueve meses.

Para la crisis de los migrantes tampoco hemos dispuesto de una caja de herramientas. No ha existido una opción política basada en nuestras capacidades, criterios de acogida y reglas de relocalización. Los Estados de la Unión han demostrado en este caso la misma inercia que al principio de la crisis financiera, al tiempo que se quejaban de que Europa no reaccionase.

Del mismo modo, cuando el terrorismo golpeó el continente, como este mismo año en Londres, Estocolmo o París, a Europa la pilló por sorpresa. Se ha dado un paso en relación con los datos de los pasajeros aéreos (el registro de nombre de pasajero, PNR por sus siglas en inglés). Pero es bien sabido

que los servicios de inteligencia de los diversos Estados no intercambian información. Guardarla para sí supone hacer el juego al terrorismo.

Tampoco se había previsto el *brexit*, el cual ha abierto una nueva crisis que va a perjudicar a Europa durante mucho tiempo. Evoco por separado las cuatro crisis en curso —economía, migrantes, terrorismo, *brexit*—, cada una de las cuales es, a su manera, de una violencia sin precedentes, aunque resulta obvio que en cierto modo no dejan de estar relacionadas. La afluencia de millones de personas desesperadas alrededor de las fronteras europeas, en el Mediterráneo y en los Balcanes, es el resultado de las crisis internacionales de los últimos quince años. El terrorismo de Dáesh es una consecuencia de estas guerras.

De manera provocadora, me atrevería a sacar la conclusión precipitada de que la guerra en Siria ha provocado la salida de Inglaterra: la pregunta planteada a los británicos habría debido versar sobre la identidad nacional, sobre la eficacia económica, pero al final se ha focalizado en la cuestión migratoria. Son las imágenes de Lampedusa, de Lesbos, de Calais, de Colonia y de la frontera entre Hungría y Serbia, a la que aflúan los refugiados de Siria, las que más han influido en el *brexit*. Sin el alud de migrantes, el resultado del referéndum sin duda habría sido diferente.

Hemos visto los estragos provocados por reaccionar demasiado tarde ante la crisis financiera.

Hoy, con tres crisis más, no hacer nada significa no mostrarse a la altura de los desafíos a que nos enfrentamos. En efecto, considero que el *statu quo* ya ha durado bastante. Incluso es peligroso prolongarlo. En la vida política pueden existir momentos propicios para una pausa destinada a hacer «digeribles» los cambios. Ahora bien, hacer hoy una pausa en la construcción europea no sería dejar «digerir», ni siquiera practicar el *surplace*, como en ciclismo. Supondría un retroceso. Europa ha recibido un golpe, y la falta de reacción no es la solución.

Lo que me ha impresionado en estos últimos tiempos —y me ha inquietado— ha sido la tenaz voluntad de Europa de no tocar nada antes de finales de 2017, en razón precisamente de las elecciones francesas y alemanas. Sin embargo, pensar que es posible, en la espera, meter a Europa en el congelador, como un alimento que se vuelve a sacar y sigue siendo comestible, constituye un gran error político. Porque durante ese tiempo el mundo continúa dando vueltas, y Trump, Putin o Erdogan hacen de las suyas. La evolución de nuestras sociedades también prosigue. Están siendo socavadas por el sentimiento antieuropeo generalizado, por el desafío, cuando no la hostilidad, hacia los políticos en general y hacia las élites en particular, por la erosión de los vínculos sociales, aun a riesgo de la soledad. Todo lo cual mina el proyecto europeo en su raíz. En este marco, la Europa que saldrá del congelador a finales de 2017 habrá cambiado de forma radical.

Habr  perdido sus apoyos. Será muy difícil enderezar la situación, calentar los ánimos, recuperar el entusiasmo para seguir avanzando. Si no hacemos nada a partir de ya, corremos el peligro de que los logros de Europa se destejan.

Dicho peligro es tanto más real cuanto que el *brexit* ha hecho perder a Europa gran parte de su fuerza y atractivo. Han bastado unos cuantos cientos de miles de ingleses para inclinar la balanza en favor de una salida de la Unión Europea por parte del Reino Unido, y de ese modo transmitir el mensaje del fracaso de Europa en cuanto tal. Recordemos que los británicos esperaron a ver si Europa funcionaba antes de unirse a ella. Su partida envía la señal inversa de que han comprendido que ya no era así y ha llegado el momento de abandonarla. Se ha hecho valer, tres meses después del resultado del referéndum, que la economía británica no se había visto afectada por el *brexit*, con el fin de dar a entender que salir de Europa no es tan peligroso como parece, y que incluso podría beneficiarnos también a nosotros. Ahora bien,  la salida efectiva de Gran Bret a no debería producirse antes de 2019! El *brexit* no ha terminado todavía, pero es como si ya lo hubiera hecho. Ya está digerido, integrado. Por eso no sirve de nada esperar a su formalización legal para imaginar la Europa posterior. Es preciso coger el toro por los cuernos y ponerse enseguida manos a la obra con convicción y determinación. Soy contrario a la idea de no hacer nada y seguir esperando.

¿Esperando qué? Sin duda una situación todavía peor.

Los países que tienen elecciones inminentes se sienten inclinados a ocuparse de sus propios asuntos. No creen poder sacar partido de lo que ocurra en el ámbito europeo, presentado como la causa de todos los problemas y donde los gobiernos intentan ante todo minimizar las pérdidas. La política, de hecho, queda relegada a una cuestión muy nacional. No obstante, tal como se ha visto en la respuesta a la crisis económica, no basta con que cada Estado ponga en orden sus finanzas públicas y lleve a cabo reformas estructurales para salir de la crisis. Poner orden en la propia casa solo es una parte de la solución. Las decisiones tomadas en Bruselas o Fráncfort (sede del Banco Central Europeo) tienen acto seguido un impacto enorme en la vida nacional de cada país. Los dirigentes políticos y los medios deberían explicar que lo que ocurre a nivel europeo es, al menos, tan importante y tan influyente como lo que ocurre a nivel nacional. En cambio, impera la tendencia de callar la importancia de las decisiones comunes, de negar a Europa.

Vivimos en la era de la tecnología digital, la búsqueda de transparencia, la preocupación creciente por conseguir que los ciudadanos participen, la información inmediata. Asistimos al auge de movimientos alternativos a los partidos tradicionales. Por lo tanto, necesitamos líderes políticos que, en lugar de fingir que actúan a nivel nacional o incre-

mentar sus probabilidades mediante promesas imposibles de mantener, digan la verdad sobre el reparto de competencias entre los ámbitos nacional y europeo, sobre su importancia mutua. Es necesario explicarlo en especial durante el período electoral. El nuevo presidente francés es al mismo tiempo un jefe de Estado y un líder que toma decisiones europeas, como los dirigentes de los demás países de la Unión. La única manera de que la política recupere su impulso, la complicidad, la confianza de los electores, es decirles la verdad y no tratarlos como a niños al ocultársela. De lo contrario se suscitan esperas que conducirán a la decepción, con el riesgo de verse castigado en las urnas. Europa está siendo arrastrada hacia esa deriva que arruina el ejercicio político.

El otro motivo por el que los dirigentes prefieren no tomar medidas a nivel europeo está relacionado con la idea de trabajar a corto plazo, lo cual es incompatible con la evolución de los hechos, porque nubla nuestro entendimiento. Conviene recordar que por lo general las causas y los efectos se producen en tiempos diferentes, a veces a años de distancia. Las reformas del mercado laboral llevadas a cabo en Alemania por el canciller Gerhard Schröder a principios de la década del 2000 no surtirían efecto hasta años después de su aplicación. Ahora bien, fingimos creer que una elección política tendrá consecuencias inmediatas, que una ley cambiará la situación desde el momento mismo en que se

adopte. Decir la verdad en política significa explicar que la decisión de hoy no dará frutos a la mañana siguiente. Corresponde a los responsables políticos y a los medios aclararlo, en vez de establecer relaciones causa-efecto tan precipitadas como falsas.

Así pues, no es momento de preservar el *statu quo*. Por el contrario, ha llegado la hora de librar una gran batalla por los principios. Tal es el sentido de este libro: construimos Europa no porque estemos obligados a ello, porque una corriente dominante nos lleve hacia ese objetivo o porque la inercia nos arrastre, sino por una decisión responsable con el fin de proteger a nuestros conciudadanos, enfrentarnos juntos a los retos comunes de nuestro tiempo y ensanchar nuestros horizontes de cara al futuro. Pensando en nuestros hijos y en el mundo en el que vivirán, puesto que las relaciones causa-efecto se dilatan en el tiempo. La decisión que hoy tomemos, o no, tendrá consecuencias para ellos mañana.

El objeto de este libro es aclarar esa opción. Todas las crisis enumeradas se ramifican hoy en una crisis existencial de Europa. La meta no es salvar a la Unión Europea como tal. Jamás ha constituido un fin en sí mismo, sino un medio para tomar las riendas. El momento es mucho más grave. Es todo el espíritu europeo lo que se evapora, es decir, el deseo de superar nuestros límites nacionales para ir más allá juntos, el deseo de cooperar y no solo de competir, el deseo de compartir con el resto del

mundo. Ahí está el quid de la cuestión, es lo que significa ser europeos.

En el fondo, la cuestión estriba en saber sobre qué descansa todavía nuestro proyecto de unión. Al principio se trataba de reconciliar a enemigos, siguiendo el ejemplo de Francia y Alemania. Hoy se trata de vivir juntos más allá de nuestras diferencias, en la actualidad sometidas a tensión en el interior de nuestros propios países. En ambos casos, estamos ante una opción real, colectiva e individual al mismo tiempo, que hay que afirmar, un sentido del que debemos reapropiarnos.

Construir Europa no es algo que caiga del cielo. Cuando un proyecto no se ve impulsado por una firme voluntad, sujeta a su vez a una visión clara y compartida, solo avanza por inercia. Por efecto de una coerción, descrita como «bruselense» y por eso mismo percibida como una humillación, incluso una injusticia, que se debe transgredir con brío. Si la Unión Europea ya no se percibe como la *pax europea* sino como un imperio, cada vez más dominado por Alemania, verá surgir a más de un pueblo de irreductibles. ¡Y no solo a los galos de Astérix!

No soy un europeo irreductible por empecinamiento. Lo soy por la conciencia, con demasiada frecuencia ignorada, de cuanto acerca cultural e históricamente a nuestros pueblos. Por la convicción de que nuestra unidad constituye una preciosa ayuda para protegernos y afirmarnos en un mundo en profunda mutación. Y soy europeo, en fin, en la es-

peranza de que dicha unidad resulte asimismo útil a un mundo que se expone a correr hacia su perdición.

Me consta que este discurso resulta difícilmente audible. Durante mucho tiempo se predicó a Europa en el desierto, desierto político y mediático, porque el tema cansaba. El silencio negligente, lo no dicho calculado o la jerga de la endogamia bruselese relegaron a un segundo plano un proyecto fuerte pero callado. Europa se construyó a lo largo de cumbres nocturnas, como lejos de las miradas. Hoy, a la inversa, hay que predicar Europa en la tormenta, en la adversidad, a veces entre burlas y mentiras. Todas las insuficiencias y contradicciones del proyecto son reveladas y expuestas a plena luz del día. Sus ventajas se cuentan en cantidad insignificante. No voy a facilitar aquí un catálogo de medidas en respuesta a las diversas crisis existentes. Cada una exigiría un libro mucho más voluminoso. Ya existen informes eruditos. Lo que falta es la voluntad política de actuar. Ante el debate europeo, se da marcha atrás. Los detractores entran a saco contra el proyecto de unión, como Marine Le Pen durante la campaña presidencial francesa. A la chita callando. Ahora bien, cuando nos encontramos todos en la tormenta, cuando, financiera, echa de su casa a parejas sobreendeudadas, como en España; cuando, social, se eterniza en el paro, que se abate sobre tantos jóvenes; cuando, migratoria, se multiplican las pateras, como en el Mediterráneo; cuando, terroris-

ta, estalla de repente en París, Bruselas, Niza o Berlín; cuando, rusa, golpea las campañas electorales con ciberataques; cuando, climática, amenaza nuestro modelo de crecimiento; cuando todas estas tormentas se conjugan, conviene avanzar contra viento y marea.

No sirve de nada levantar muros, pretender aislarse del resto del mundo en una isla o dar marcha atrás soñando con tiempos pretéritos. Tampoco sirve de nada confiar en que un toque de varita mágica disipe la tormenta, en que un gran capitán aparezca de manera providencial para ponerse al timón, ni esperar a que todo esto ocurra sin hacer nada antes de que lleguen vientos más favorables. Durante la tormenta es preciso volver a examinar el mapa para situarnos con precisión ante la evolución del mundo y contar con una brújula para fijar el rumbo de nuestra travesía. A lo largo de mi vida política he procurado avanzar provisto de ese mapa del mundo y esa brújula europea, que el presente libro desea exponer.